

Como había prometido,
 Jesus ha resucitado!
 Su santa cabeza ya
 No descansa en el sudario.
 Derribada está la losa
 Y el sepulcro solitario,
 Sacudió el fuerte su sueño,
 El Señor se ha despertado!
 Cual sacude el peregrino
 Al pié de un árbol sentado
 La hoja que lentamente
 El viento arrancó á su paso
 Y dando en el aire vueltas
 Viene á posarse en su brazo.
 Así el fuerte de los fuertes
 Arrojó el inerte mármol
 Con que se cerró el sepulcro
 Do le habían sepultado:
 Cuando volviendo su alma
 Que al infierno había bajado
 Levántate que aquí estoy
 Dijo á su cuerpo sagrado;
 Y Jesus se levantó
 Glorioso resucitando!!!

—¡He! amigo, dijo Salvador interrumpiendo bruscamente al pescador, ¿sabes tú donde está Masaniello? porque con la abreviación natural á los napolitanos, de Tomás Aniello habían hecho Masaniello.

—*Ecco mi* (soy yo) excelencia, dijo el pescador levantando la cabeza y echando sobre el que le hablaba una larga y profunda mirada.

Confuso y parado enteramente se quedó Salvador, porque en el hombre que ya hacia temblar á Nápoles entera con su nombre pensaba encontrar un soldado y no un pobre pescador religioso é inofensivo.

¡Y esto era Masaniello! La desesperación le llevó á la rebelión, el amor del pueblo hizo de él casi un rey, y el veneno y la traición hicieron de él un loco y un mártir, porque Masaniello permaneció siempre fiel al rey de España y solo hizo la guerra al duque de Arcos, gobernador y virey de aquel reino. Así decía muchas veces con dolor:

—¡Qué desgracia que no haya un puente para ir desde Nápoles á Madrid porque entonces iríamos á echarnos á los pies del rey nuestro señor para pedirle nos quitase este mal duque que nos oprime, nos veja y nos roba, y todo quedaría concluido!....

Pasado el primer movimiento de sorpresa Salvador alargó la mano á Masaniello diciéndole:

—Vengo á alistarme bajo tus órdenes, hermano.

Pero el pescador meneó la cabeza sin responder á la propuesta que se le hacía.

—Teneis la mano demasiado blanca para ser la de un hombre del pueblo, dijo, y solo el pueblo es el que combate bajo mi bandera y detrás de mí.

Sintió Salvador subir el rubor á su rostro y centellearon sus ojos de furor adivinando que le habían tomado por un traidor; pero con toda la franqueza de su impetuoso carácter, lejos de disimular aquella impresion exclamó al contrario:

—¡Por San Genaro! ¿me crees un espía del duque para venderte y me tratas como á un Judas!....

SEGUNDA SERIE.—1861.

Masaniello se estremeció. Hombre de honor debía serle familiar la voz del honor, así se disiparon al punto todas sus dudas ante estas palabras de Salvador: le alargó á su vez la mano, diciéndole con gran sencillez:

—Perdona, hermano, pero estoy encargado de almas. *El popolo mio* (mi pueblo) así hablaba siempre, se ha confiado enteramente á mí y debo tener por él la vigilancia del perro, la astucia de la serpiente, y la fuerza del león. Ahora que he conocido que tienes un corazón recto, sé enhorabuena uno de los nuestros, y que la Madona te proteja si eres fiel á la causa de los oprimidos.

Entonces contó Masaniello á Salvador, que en aquel momento existía una completa paz, ó al menos una tregua, porque el virey acababa de jurar en la iglesia del Carmen abolir los terribles impuestos y gabelas que agobiaban al pueblo, y como esta era la única causa de la rebelión:

—Que cumpla su palabra, dijo, y todos estaremos contentos. Mis amigos volverán á sus trabajos, yo á mis redes, y con la gracia de Dios todos olvidaremos los malos días que acabamos de pasar.

Salvador echó una mirada de admiración y de respeto sobre aquel modesto hijo del pueblo, de corazón sin ambición y sin orgullo, que acababa de tener un reino en sus manos y que no echaba de menos nada de su poder con tal de que sus amigos, sus iguales, pudiesen tener pan sin pagarlo con su sangre. Este pensamiento le hizo entrar tristemente en sí mismo y se juzgó pequeño y miserable ante aquella alma tan grande, y entonces con verdadera humildad le dijo:

—En paz ó en guerra, en la desgracia ó en la fortuna, te acepto por hermano, amigo, y condéneme la Madona sino cumplo mi juramento.

Dijo Masaniello levantándose, arrojándose en los brazos de Salvador y estrechándole sobre su corazón. Aquel beso fué para los dos un juramento sagrado, porque desde aquel momento Salvador quedó constituido en el segundo del célebre caudillo, y como al día siguiente mismo volvió á comenzar la guerra aun mas ardiente y mas terrible entre la corte y el pueblo, pagó con su persona y selló con su sangre la intimidad que le unía á Masaniello. Interponiéndose siempre entre él y los traidores, le sirvió primero de un escudo con su cuerpo, y trató despues de sostener su espíritu vacilante, con el veneno que minaba su existencia: pero los malos fueron mas poderosos que los buenos. Masaniello murió asesinado, porque la marcha del veneno parecia todavía demasiado lenta á los que con impaciencia estrema aguardaban su muerte.

Salvador, cuya cabeza se habia puesto á precio y se habia pregonado ofreciendo grandes recompensas al que lo matase, se vió obligado á huir apresuradamente de los estados de Nápoles para evitar la terrible suerte de su amigo.

Sin embargo, debiera haber tenido una celosa protectora al lado del virey, porque Salvador habia sido fiel á su palabra de tratar de apoderarse de la vireiná en los días de peligro: solamente que habiéndose disipado en su alma todo mal pensamiento de venganza, con la única esperanza de salvarla se presentó delante de ella.

En efecto cuando el palacio del virey acababa de estar sitiado por una horda de furiosos que apoderándose de él se precipitaron con terrible rabia en su interior, Salvador penetró con ellos y conociendo las entradas y salidas del

AÑO XIX. 29.

palacio corrió á las habitaciones de la duquesa que sabia no habian sido todavía invadidas.

A la vista de aquel hombre cubierto todo de sangre y de polvo, las desgraciadas mugeres que se habian agrupado en derredor de su señora, creyéndose perdidas lanzaron horrosos gritos: empero Salvador les impuso vivamente silencio con el gesto y con la palabra.

—¡Callad ó sois muertas!.... gritó, vengó á salvaros: no atraigais á nadie en pos de mí..... ánimo y seguidme.....

Después lanzándose hácia la duquesa la cogió resueltamente en sus brazos, la llevó atravesando varios secretos corredores hasta llegar á un pequeño patio solitario, y allí colocándola en el suelo, la dijo levantándose sus cabellos que le cubrían el rostro y enjugando el sudor que corría por su frente:

—Reconocedme, señora: yo soy Salvador Rosa, aquel *histrion* que habeis desdeñado admitir en vuestro servicio. Veis sin embargo que en una ocasion podia serviros mejor que esos caballeros cubiertos de borlados que tan cobardemente os han abandonado cuando el peligro ha venido á llamar á las puertas de vuestro rico palacio. Ahora ya estais en salvo, que Dios os guarde, señora!...

Y se alejó corriendo para detener el pillage é impedir el incendio de que se hallaba amenazado el palacio.

Poco tiempo después de la muerte de Masaniello en los alrededores de Fondi, pueblo que fué siempre célebre por los famosos bandidos que establecieron allí sus guaridas, un honrado colono que habitaba una casita dependiente de una granja aislada, en la que vivia en paz con su familia, gracias al tributo anual en trigo y en carneros que pagaba á la banda que campaba entonces por aquellas inmediaciones, fué de repente despertado de la meditacion en que se hallaba después de comer calculando los gastos y utilidades que podria traerle una partida de granos que su muger y su hija habian ido á vender al mercado de Terracina.

Daban repetidos golpes á la puerta.

—¡Abrid!.... ¡Gritó desde dentro el colono, ó seguid vuestro camino, *per Bacco!*....

El que llamaba tomó el primer partido, porque estando abierta la puerta dió paso á un hombre flaco, macilento, temblando y cubierto de andrajos que daba lástima y horror.

—¿Sabeis, buen hombre, indicarme una posada en estas inmediaciones á fin de que *por mi dinero* pueda encontrar descanso y pan? dijo el desconocido acercándose al buen aldeano de un modo á la vez atrevido y firme.

Rosalvo, este era el nombre del colono, miró con un asombro mezclado de desconfianza á aquel singular individuo cuyos altivos modales y orgulloso tono con que le habia hablado de su dinero tanto contrastaban con su derrotado vestido y aparente miseria. Después le respondió bruscamente:

—¿Me tomas á mí por un cicerone que así me preguntas noticias del país? Busca tu camino y que la Madona te ampare.

El forastero dejó escapar á su pesar un profundo suspiro al oír aquellas palabras tan poco hospitalarias.

Entonces Rosalvo, que tenia un buen corazon, se arrepintió inmediatamente de su mal modo, se levantó del escano en que se hallaba sentado, y dando la mano afectuosamente al forastero:

—Quédate, le dijo, podrias perderte en nuestras montañas, porque es muy avanzada la hora y temo que va á descargar una tempestad. Sé mi huésped: un albergue, pan y descanso es cuanto puedo ofrecerte, y lo que te ofrezco con todo buen corazon.

El forastero se recogió un momento como para consultar consigo mismo, y después el orgullo le inspiró esta estraña respuesta:

—Acepto tu ofrecimiento, amigo, pero pongo por condicion de que me dejarás pagarte esta hospitalidad de que tanto necesito y que me ofrezco.

Rosalvo se encogió de hombros sonriéndose, y sin duda su mirada y su sonrisa debieron de ser muy significativas, porque el forastero replicó con embarazo: te pagaré lo mejor que pueda porque tengo poco dinero, como fácilmente adivinas al verme: pero como yo no quiero nada de valde....

—¡Por San Genaro! me tomas por un tabernero. interrumpió amostazado Rosalvo, cuya virtud dominante no era la paciencia: mira encima de mi puerta y verás que no es una posada: no me da la gana de alquilar ni vender mi hospitalidad.

—Entonces, muchas gracias por tu oferta, la rehuso, replicó el forastero con soberbia, y aunque deba de ir hasta Roma, sin tomar alimento ni descanso, iré si es preciso, porque estoy muy resuelto á no aceptar nada de nadie.

E hizo un movimiento para alejarse.

Ofendido el colono por la inconveniencia de aquella negativa que estaba muy distante de esperar, volvió incomodado la espalda al orgulloso mendigo para castigarle de su mal carácter. Cuando iba á poner éste ya el pié fuera de la puerta, comenzaron á caer gruesas gotas de agua y á silbar el viento con furia, y no tuvo valor para abandonar aquel desgraciado á su triste suerte, tanto mas cuanto que, á pesar de su altivez y la firmeza que al andar afectaba en sus pasos, el pobre jóven parecia tan sin fuerzas y estenuado, que á poco hubiera caído desmayado de cansancio y de fatiga:

Detúvole pues por el brazo Rosalvo, cuando ya iba á salir, y le dijo sonriendo:

—¡Por la salvacion de mi alma que eres un mozo singular!.... como no quiero gravar mi conciencia con el remordimiento de haberte dejado marchar, y tal vez perecer en la terrible noche que se prepara, admito tu oferta. Pagarás tu gasto, pues que te empeñas á todo trance en transformar mi granja en *hosteria*. Sé, pues, únicamente mi huésped, ya que te empeñas en no ser mi amigo...

En aquel momento oyéronse á la puerta gritos de alegría: eran la muger, la hija y los dos hijos de Rosalvo que volvian de prisa y corriendo de Terracina por miedo de la tormenta.

Precipitáronse como un torrente en la casita, y se quedaron todos pasmados al hallarse en presencia del forastero á quien su padre habia recibido en ella durante su ausencia.

El forastero al notar el movimiento de repulsion que habia causado su presencia, herido profundamente con aquel recibimiento y adelantándose hácia la puerta, iba ya á salir á pesar del huracan que se desataba con furia, cuando la casera con el tino y tacto propio de las mugeres, comprendió al momento que el huésped de Rosalvo no era un miserable sino un desgraciado, y así con voz conmovida le dijo:

—Perdonad nuestra sorpresa: hemos caído aquí como una bandada de pájaros asustados, y la presencia de un desconocido nos ha hecho ver nuestro aturdimiento, de que estamos avergonzados...

El forastero dejó vagar en sus labios una amarga sonrisa y echando una mirada sobre sus destrozados vestidos:

—Creía que era yo el que os había asustado; respondió con voz alterada, y no me sorprendía.

Enternecida la buena muger le cogió ambas manos:

—¡Pobre hijo mío, murmuró dejando correr dos lágrimas por sus tostadas mejillas, cuánto has debido padecer para llegar hasta aquí!...

—¡Si, madre mía!... exclamó el forastero respondiendo á aquella afectuosa muestra de cariño con toda la efusión de su corazón. ¡Si, he padecido mucho!... Mi cuerpo, mi alma, todo ha sido atormentado y hecho pedazos!... La vida me causa horror, y sin embargo soy todavía muy joven!...

—Cálmate, hijo, y pon tu confianza en Dios que sostiene á los débiles y consuela á los que lloran, replicó vivamente el honrado Rosalvo. Tienes delante de tí tantos años aun, que con la energía y el valor que posees, podrás desafiarse muy bien la injusticia de la suerte y reparar sus errores.

—¡Por San Genaro! que tienes razón, exclamó el extraño joven pasándose la mano por sus ojos para limpiar su humedad, y cambiando de pronto de tono: vaya al diablo la tristeza y el pesar, y para que sepáis quién es el hombre que admitís en vuestro hogar, voy á deciros quién soy, de dónde vengo, pero no á dónde voy, porque eso solo Dios lo sabe. Me llamo Salvador...

—¡A la mesa!... ¡a la mesa!... gritaron alegremente en aquel momento la hija y sus hermanos que entraban cargados, la una con un pellejo de buen vino y los otros con peces fritos, frutas y queso.

El colono y su muger se llevaron á Salvador sin darle tiempo de concluir su relación y le sentaron en el mejor sitio de la mesa. Rosalvo le puso en el plato los mejores bocados, su muger le echó de beber, los hijos le animaban alegremente á comer. Por último, bien pronto quedaron olvidadas sus miserias y sus desgracias de tal modo que no parecía sino que era un miembro de aquella honrada familia.

Terminado aquel modesto banquete se dispuso todo el mundo á irse á la cama para descansar. Los hijos del colono ofrecieron á Salvador dividir con él la paja de maíz que les servía de lecho, lo que aceptó con gran placer nuestro joven héroe, que necesitaba tanto de descanso como de alimento, y así es que, á pesar de la tempestad, durmió toda la noche de un tirón y hasta muy entrada la mañana siguiente.

Cuando se acababa de despertar entró sonriéndose en la granja la muger del colono.

—Hijo mío, Salvador, le dijo afectuosamente, mi esposo al marchar á trabajar al campo esta madrugada me ha dejado á vuestro cuidado, porque quiere encontraros aquí cuando vuelva: y yo me he encargado de esto con tanto mayor gusto, cuanto que tengo que proponeros una cosa.

Hace poco mas de un año que un joven señor romano, atravesando nuestras montañas, fué en ellas herido mortalmente. Mi hijo se lo encontró moribundo en el camino y lo trajo aquí, donde á pesar de nuestros esfuerzos y nuestros

cuidados, tuvimos el dolor de verlo morir. Nos han quedado sus vestidos: ¿los queréis?

—¿Y vuestros hijos?... interrumpió vivamente Salvador.

—Mis hijos son unos aldeanos que no pueden gastar los vestidos de un señor, respondió la buena muger, mientras que vos... y se detuvo con embarazo no acertando á concluir la frase.

—Yo no soy tampoco un señor, dijo con amargura Salvador, soy un artista: pero me es igual, acepto vuestro ofrecimiento; heredo esos vestidos, y á fe de hombre de honor un día ú otro os reembolsaré centuplicado su valor: porque lo conozco, todavía no sé lo que haré en mi vida.

La buena muger se sonrió al ver la exaltación aquella que mostraba que su huésped tan abatido la víspera y aun algunos momentos antes, había vuelto á recobrar su ánimo. Salvador en poco tiempo quedó transformado y se presentó á las sorprendidas miradas de sus nuevos amigos no como un vergonzoso mendigo sino como un gran señor con toda su gracia, elegancia y nobleza.

A pesar de aquella transfiguración que le había granjeado el respeto de toda la familia del colono, quiso Salvador asociarse á sus trabajos campestres.

—Aquí deben encontrarse el descanso y la felicidad, se dijo á sí mismo. De todo he probado en la vida. He sido cómico, poeta, artista, cortesano, soldado, me haré labrador, mas vale la tranquilidad que la gloria. Al compartir los trabajos de estas buenas gentes, también compartiré su quietud y su contento, me despido de mis ilusiones, ¡aquí me quedo!...

Y durante muchos días nuestro héroe feliz y contento, ejecutó la resolución que había tomado: empero Dios tenía sobre él sin duda otras miras, porque una tarde volviendo del campo acababa de vestirse con cierta coquetería para acompañar á sus amigos á la fiesta de una aldea vecina. El mas joven de los hijos de Rosalvo, que todavía no había vuelto aun á la casa, entró sin poder respirar de la carrera que acababa de dar, diciendo asustado que los arqueros del virey se disponían á cercar la granja.

Al oírlo, Salvador, pensando que aquellos soldados no podían venir sino en su busca, se tiró ligeramente por una ventana y corrió á ocultarse en la montaña que rodea el peligroso desfiladero de Fondi.

Allí pasó toda la noche: después, cuando amaneció, quiso volver á tomar el camino de la granja y conoció que sería perdido. Por de pronto, lejos de asustarse Salvador, se alegró. Lo imprevisible, lo extraordinario, lo aventurero, en fin, era lo que mas halagaba su ardiente y vagabunda imaginación, pero cuando molido de fatiga y muerto de hambre comenzaba á echar de menos la realidad y á cansarse de ilusiones, de repente, y en el momento en que menos se lo esperaba, cayó en medio de una banda de hombres armados, de terribles rostros y vestidos del modo mas extraño.

Era la banda de Maestrilla, famoso bandido en cuya persecución habían sido enviados los arqueros del virey, y no en la de Salvador.

Al ver á nuestro héroe, corrieron á tomar sus armas todos los ladrones. Solo Maestrilla permaneció impassible, y haciendo una seña con la mano para detener á sus compañeros:

—Este hombre viene solo, dijo con desden, dejadme hablarle.

Entonces volviéndose hacia Salvador, cuyo continente reposado é impasible, pareció agrada-le: ¿quién eres? le preguntó con una sonrisa procurando tomar un aire afable.

—¿Con qué derecho me lo preguntas?... dijo con desprecio el artista.

—Con el derecho del mas fuerte... y creo que este derecho es siempre y en todas partes el mejor: respondió Maestrilla con la misma sonrisa.

Salvador á quien gustaba y amaba el talento, quedó desarmado con esta respuesta.

—Yo soy un cómico, un pintor ó un soldado, segun tú quieras, y me llamo Salvador Rosa, dijo levantando la cabeza con noble orgullo.

Al oír aquel nombre se inclinaron todos los ladrones y el mismo Maestrilla tomó un ademan respetuoso.

—Tú eras el amigo de Masaniello, el salvador del pueblo, sólo mio tambien, dijo presentando al pintor su negra y callosa mano.

—No se puede ser el amigo de su carcelero, dijo Salvador sin corresponder á la atencion que se le habia hecho: déjame libre y tendrás derecho á mi reconocimiento.

Maestrilla en señal de negativa, meneó su cabeza abultada y de ásperos cabellos parecidos á la crin de una fiera.

—No, dijo, los arqueros nos andan buscando, necesitamos de brazos para defendernos, es preciso que tú seas de los nuestros.

Inmediatamente á un gesto que unió á estas palabras los ladrones se echaron sobre Salvador y se lo llevaron á la fuerza consigo á su cueva abierta en medio de las rocas.

Muchas veces trató, aunque en vano, de escapárseles. Al fin una tarde en que estaban casi todos borrachos á consecuencia de una orgía, nuestro héroe, á quien aquella vida de fingimiento y de astucia le era insostenible, les intimó orgullosamente la orden de abrirle la cueva cerrada por una enorme roca colocada sobre un eje, si no querian morir todos con él: y para juntar el terror á la energía de sus palabras cogió una mecha encendida y lanzándose hacia un barril de pólvora que levantó con mano firme:

—Le pego fuego, gritó, si al instante no estoy libre; abrid, pues, esta horrenda cueva, ó moriré!...

Asustados todos los ladrones dieron horrendos alaridos, y como afortunadamente para Salvador no se hallaba con ellos en aquel momento el enérgico Maestrilla, desprendieron la piedra que cerraba la cueva, y se halló libre.

Entonces en lugar de tratar de volver á la granja del buen Rosalvo, el artista, cuyas ideas habian cambiado durante su cautividad, bajó á Fondi para ir á Terracina y desde allí volver á Roma.

—Decididamente, la vida tranquila y campestre no me conviene, se dijo: necesito movimiento, agitacion y el bullicio de la ciudad. Además, soy todavía tan jóven que tengo porvenir, ¿y cuál puede ser mi porvenir sino la fortuna y la gloria? ¡Animo, pues, y á conquistarla!

Con tales disposiciones, ó al menos con estos dorados sueños de gloria y de ambicion, entró Salvador en la ciudad eterna, donde muy pronto la cruel realidad vino á romper con su mano de hierro el brillante edificio que

habian levantado las ilusiones en su ardiente y acalorada fantasía...

Una vez ya en Roma Salvador, que habia llegado hasta allí á pié caminando por la noche y deteniéndose en los pueblos y aldeas durante el dia para declamar alguna relacion, improvisar versos, ó hacer algun retrato, al ver que se le iba acabando el poco dinero que á costa de tanto trabajo habia podido ir reuniendo, trató de consagrarse con grande afán á la pintura, no queriendo volver á su antigua profesion de actor que le habia hecho aborrecer la palabra *historion* que con tanto desprecio habian pronunciado los desdenosos lábios de la vireina de Nápoles.

¡Vano esfuerzo! el viejo prendero chalan de cuadros con el que habia tenido que ponerse en relacion para vender sus obras, desechaba con desprecio sus pinturas, ó se las pagaba tan poco, que el dinero que sacaba despues de comprar pan le bastaba apenas para pagar sus pinceles y colores.

Desanimado, envilecido, devorado del pesar y de la fiebre, iba á sucumbir ya de desesperacion nuestro héroe cuando un dia que atravesaba por la plaza del Vaticano divisó á su mercader prendero que tenia una acalorada disputa con otro de sus compañeros de usura y de comercio.

Tuvo un secreto presentimiento de que él era el objeto de la cuestion entre aquellos dos hombres. El cómo tuvo este presentimiento, sábelo Dios. Se deslizó por entre las columnas poquito á poco, y se manejó tan bien, que enteramente oculto á sus ojos pudo escuchar toda su conversacion, que para él era muy interesante.

—Tú eres un bribon, Mateo, porque me has quitado la parroquia del cardenal Pitti, y le robas á costa mia, le decia el otro mercader al que tan cruelmente esplotaba á Salvador.

—¿Que le robo!... exclamó con despecho Mateo. ¡Cómo puedes decir eso tú, Eliséo!... Le vendo cuadros á precio muy barato, y eso por lástima que me da un pobre mozo que se muere de hambre.

Eliséo se encogió de hombros de un modo muy significativo.

—¡Tú, tener lástima de nadie!... á otro perro con ese hueso: tú me has quitado mi parroquiano y si no partes conmigo el provecho que de él sacas, nos han de oír los sor-dos ¿lo entiendes?...

Y Mateo parece que lo entendió porque se quedó pensativo é inquieto.

—¿Pero tú te crees que ese Salvadorcillo sea algun gran pintor?... dijo despues de algunos instantes de silencio.

—Si, lo creo, respondió vivamente Eliséo; y si supiese donde hallarlo, no lo tendrías tú mucho tiempo solo, Mateo.

Al oír aquellas palabras, á punto estuvo Salvador de presentarse inmediatamente á Eliséo: pero creyó mas prudente esperar, y que sabiendo además donde vivia el mercader podia ir á buscarlo cuando le diese la gana, si no preferia dirigirse directamente al cardenal Pitti en lugar de enterarse con sus corredores de cuadros: y en esta alternativa, como acababa de entregar un nuevo cuadro á su mercader, se alejó de allí para ponerse en emboscada á las inmediaciones de su tienda, á fin de esperar allí la llegada del comprador de su obra.

Pasáronse dos ó tres dias sin que Salvador viese llegar lo que esperaba y comenzaba ya á impacientarse y á perder la esperanza, cuando al fin una mañana vió pararse á la puerta de la tienda de Mateo una rica y elegante carroza.

Deslizóse Salvador por detrás de las ruedas mientras que el mercader se deshacía, abierta la portezuela, en reverencias al personaje que estaba dentro de la carroza, y de este modo asistió á la conversacion siguiente que se entabló entre el cardenal y el chalan.

—¿Me habeis mandado decir que teniais un nuevo cuadro de vuestro protegido, Mateo? dijo el cardenal que era el que estaba dentro de la carroza. ¿Cuál es el asunto?

—El asunto es Agar en el desierto, y de seguro ¡jamás habrá visto vuestra eminencia nada mas hermoso! dijo Mateo presentando en la portezuela del carruaje el nuevo cuadro de Salvador.

—¡En efecto, no conozco nada tan bien espresado, tan bien sentido!... exclamó con admiracion el cardenal despues de haber mirado durante algunos instantes el lienzo con una grande atencion: ¿y qué precio pedís por esta obra?

—Monseñor son sesenta..... no, ochenta..... no, me equivoco, son cien escudos, tartamudeó Mateo; es justamente el precio que me ha costado, porque por servir á vuestra eminencia no quiero ganar nada absolutamente en él.

Ganas le dieron á Salvador de arrojarle sobre Mateo y ahogarlo entre sus manos, porque el bribon por aquella obra que vendia á peso de oro no le habia dado sino algunas pocas monedas de plata, y eso aparentando todavia que lo hacia por caridad!..... Pero se contuvo y aguardó.

—¡Cien escudos!..... replicó el cardenal, ¡vamos, no es caro!..... ¿y cómo llamais al autor de esta obra, Mateo?.....

—¿El autor?..... Monseñor, respondió tartamudeando cada vez mas el chalan: el nombre del autor; ¿qué puede importar para mi trato con su ilustre eminencia?

—Para nuestro trato nada, pero mucho para el porvenir de la obra que acabo de comprar, dijo sonriendo el cardenal. Si teneis miedo de que por eso me arrepienta del precio, aqui teneis vuestro dinero.

Y contó los cien escudos y los entregó al prendero.

—Y ahora, ¿me direis el nombre del autor?..... añadió con bondad.

—El autor de esta obra, monseñor, es un pobre jóven á quien yo doy trabajo por caridad, y que se llama Salvadorcillo, dijo el prendero.

—¡Que tú le das trabajo por caridad!... exclamó el cardenal. ¡Por la cruz de nuestro divino Salvador! que dices una blasfemia, Mateo, al hablar así de un tan grande pintor! Desde hoy yo quiero encargarme de su suerte. Dile que se presente inmediatamente en el palacio Pitti...

—¡Es el caso, eminentísimo señor, que no está en Roma!..... interrumpió vivamente el mercader asustado á la idea de perder la mina que con tanta crueldad y avaricia esplotaba.

—¿Pues dónde está?... exclamó con sorpresa el cardenal.

—¡Delante de vos, eminentísimo señor!.... dijo Salvador, que se habia presentado en la portezuela echando á un lado á Mateo y saludando profundamente.

Sorprendido habia quedado el cardenal ante aquella repentina aparicion, cuando el jóven artista con el talento y

esquisito tacto que poseia, hizo á su protector una sucinta historia de su triste posicion, de que tan cruelmente habia sacado partido el chalan de cuadros.

Entonces el cardenal Pitti conmovido del infortunio y encantado á la vez de la gracia de Salvador, le hizo subir á su carruaje, sentarse á su lado, y se lo llevó á su palacio con gran vergüenza y desesperacion de Mateo.

Alli era donde la fortuna aguardaba de nuevo á nuestro héroe, porque desde este momento se dió á conocer y se hizo admirar como un gran pintor. Sus lienzos se cubrian de oro y el nombre de Salvador Rosa fué un nombre ilustre no solo en Roma, sino en todo el mundo.

Asi es, que el que lo llevaba fué solicitado, mimado, adulado; empero desgraciadamente jamás supo hacerse amar, y su carácter inquieto, versátil y satírico, le suscitó tantos enemigos como su pincel y su genio le habian adquirido admiradores. Salvador lo comprendió y descontento de los demás, porque lo estaba de sí propio, en lugar de granjearse los corazones por el afecto, quiso someterlos por el temor, é hizo sátiras tan vivas de todos, que un dia se vió obligado á huir de Roma donde corria peligro su vida.

Se refugió á Florencia donde su reputacion y su nombre hizo que fuese muy bien recibido y con pompa; la misma acogida le dispensaron los Médicis, que se declararon sus protectores: empero Salvador se fastidió muy pronto de su nueva vida. Echaba muchísimo de menos á Roma, sus deliciosos contornos, sus amigos, y hasta sus enemigos. Alli habia vivido jóven, pobre, olvidado, desconocido: alli habia conquistado la gloria, habia domado la desgracia; alli, en fin, habia luchado, combatido y vencido: alli solo pues, era donde él podia y queria vivir!

Asi es, que cuando se sintió malo, se hizo con la mayor presteza trasladar á Roma, empero era demasiado tarde. Alli murió al cabo de algunos dias en 1673, á la edad de cincuenta y ocho años.

La vida entera de Salvador Rosa, fué una constante tentativa para llegar á ser otra cosa distinta de lo que era.

Jamás estuvo contento y satisfecho de su posicion por hermosa, magnífica y brillante que fuese, y cuando se consagró á la pintura y fué un gran pintor, variaba en sus géneros para poder variar en algo.

Asi al principio, no hizo mas que paisajes, despues se dedicó todo á la historia, mas tarde á cuadros de capricho, pero siempre y en todos mostraba el mismo tinte de ideas. No le gustaba sino pintar asuntos tristes y escenas de horror.

Su pincel era tan sombrío como mordaz su espíritu: y sus sátiras revelan casi siempre tanto talento como sus pinturas.

No tuvo maestros, no dejó discípulos. Y murió descontentado de todo, sin ilusiones de ningun género: justo castigo del hombre que se dejaba llevar siempre de su genio, á espensas de su conciencia y de su corazón!!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA OBEDIENCIA CRISTIANA.

Vamos á presentar uno de los pasajes mas bellos de una conferencia sobre la educacion, pronunciado por el

padre Felix, ilustre predicador de Nuestra Señora de París, al cual nuestros lectores conocen ya antes de ahora. Dice el ilustre orador así:

«Obedecer, en el sentido literal de esta palabra, no es mas que someterse necesariamente á un poder que nos domina; es inclinarse bajo el cetro de una autoridad que reconocemos. La obediencia no es una pequeña fuerza que cede al impulso de otra mayor; no es la debilidad que se doblega ante el poder; es una libertad libre, que se encuentra íntimamente unida á una voluntad superior; es un consentimiento voluntario de la superioridad que manda, y un homenaje libremente dado á la autoridad legítima, (ó á lo menos supuesta como tal por el que la rinde culto), y como toda autoridad legítima es una participacion de la autoridad de Dios, se puede muy bien decir que todo acto de verdadera obediencia, es un acto mediante el cual la voluntad humana se dirige hácia su verdadero fin, es decir, hácia Dios, centro de toda autoridad.

«He examinado todos los grados de la escala social, he buscado un hombre que no obedezca, y no le he encontrado. Por un lado he visto la multitud que obedece, y que cuando no lo hace, parece el mar embravecido, amenazando á la tierra. Por otro lado, encima de las masas populares, he visto al capitán, al magistrado, al funcionario público, que obedecen; he visto á todos aquellos que en la sociedad se llaman gefes, autoridades, superiores, obedecer mucho mas que aquellos que no mandan. Si; á todos los hombres colocados en los puestos que dominan á los demás, y que parece que no debían respirar en esas elevadas regiones otro aire que el de la independencia, pues bien, á todos esos les he visto sometidos á órdenes que les encadenan y á empleos que les tienen sujetos: mas encadenados y sujetos que el pueblo por quien son obedecidos, y que es esclavo de la voluntad de ellos. Pero, ¿qué estoy diciendo? Aquel que constituye la cima del poder social, que tiene en sus manos el destino de los hombres y el gobierno de las cosas, ese, es preciso que obedezca tambien. Si quiere que á su voz todo se humille y marche con una armonía inalterable, es forzoso que esa voz ó ese mandato, destello de una autoridad mas alta, obedezca tambien, sin faltar jamás á la grave justicia, y su poder para ser obedecido por los hombres, no tiene otra garantía que su fidelidad en obedecerse á sí mismo y en obedecer á Dios. Así, la obediencia es la ley de la vida, y como tal ha sido, es y será constantemente la ley de la educación.»

El orador retrata así al joven criado sin obediencia:

«Niño todavía, tiene todos los defectos y ninguna de las cualidades buenas de la primera edad. No ha conocido ni la obediencia, ni la disciplina: no existiendo para él la autoridad, el padre es un BUEN AMIGO y la madre UNA BUENA COMPAÑERA: ha mandado al primero y gobernado á la segunda. El joven mal criado ha hecho cuanto ha querido; mirarle á los diez años, es esclavo y déspota al mismo tiempo; esclavo de sí mismo y déspota de los demás, impone á todos la tiranía de sus caprichos; es terco, arrogante, fiero, insolente, provocador, irascible, furioso á veces hasta la locura: es impotente, no se puede contener, prorrumpe en actos y palabras poco convenientes; está dominado por la soberbia; destruye cuanto se le resiste, aun cuando sea materia, si esta no le obedece, y no se somete á su caprichosa voluntad. Bajo este aspecto podemos compararle con un salvaje. ¿Qué hará adolescente?

«Vemos al joven correr lleno de ardor y de impetuosidad, saltando en la pradera libremente, cautivo sin embargo entre las barreras que le protegen contra su propia fuga. Impaciente de su cautividad, se lanza rompiendo sus ligaduras sin que nada le detenga. Corre, salta, se precipita sin guía á través de los espacios. Preso del vértigo de su nueva independencia, su cabeza se turba y no sabe á dónde va; es libre de los obstáculos que puede, pero sin embargo, se daña con la maleza y cae fatigado, jadeante, tal vez herido, sin poder recobrar la libertad de sus movimientos. Ha querido conquistar la libertad y el espacio, mas una y otro han conspirado contra él. Hé aquí la imagen de la juventud apasionada que no ha conocido ó que ha rechazado el freno moderador de la obediencia á la autoridad; dominada por su huida, ha querido escaparse de su propia ley, extraviándose por este medio cada vez mas; se cansa, es presa de una agitación estéril y una impetuosidad devoradora; y cuanto mas pretende levantarse así, cae mas débil y desfallecida, de tal manera, que muere disgustada de sí misma y de todo lo que la rodea, despues de haber lanzado al aire sus deseos, sus tesoros, su inteligencia, su amor, y tal vez hasta su mismo carácter.»

—¿Qué hará cuando llegue á la edad de hombre?

«Tiene treinta años, es decir, la edad en la que las realidades se presentan desapareciendo las ilusiones. ¡Ah! entonces es cuando ve con amargura el doloroso engaño de esa educación que le ha criado en la independencia y para la independencia. En su interior se habia dicho muchas veces: «cuando tenga treinta años mandaré á mi vez;» creia en efecto, que en llegando á cierta edad no tenia mas que mandar, y ve por el contrario que la necesidad de obedecer le rodea por todas partes. Espera dominarlo y sujetarlo todo, pero todo el mundo le domina y podria decirse que conspira á darle órdenes por no decir á cargarle de cadenas. Entonces la independencia se irrita ante la idea de obedecer, de depender y de someterse á todo. Joven todavía, sus costumbres ó sus hábitos de independencia le vuelven miserable, ¿qué le sucederá cuando sus DEPENDENCIAS vengán á multiplicarse con sus relaciones, sus destinos, sus pasiones y sus esperanzas? Verá que todo se le resiste, y se sentirá (según las palabras de un célebre autor) COMO ANONADADO BAJO EL PESO DE AQUEL UNIVERSO QUE CREIA MOVER A SU VOLUNTAD. Bien pronto siente bullir en su corazón la ardiente lava de los odios sociales y envidias de los hombres. Toda la sociedad le parece que tiene que reformarse, cambiar su modo de ser, hasta que ve satisfecha su pasión de mandar, y ha apartado de sí el odio á obedecer.

(Conferencias del P. Félix.)

Traducido del francés por FERNANDO MELLADO.

DEPENDENCIA. Es mas seguro, sin comparacion, obedecer que mandar, escuchar que hablar, y recibir un consejo que darlo.

Imitacion de J. C.

El grande depende del pequeño, y el pequeño del grande; el amo del criado y el criado del amo; la muger del marido, y con mas frecuencia el marido de la muger; el avaro de su dinero; el orgulloso de su locura; el jornalero de

su trabajo; el libertino del vicio; el hombre honrado de la estimacion pública, y la estimacion pública de su buena conducta. Asi, pues, nuestra reputacion, nuestra vida y nuestra fortuna, dependen de los demás y de nuestras inclinaciones.

J. J. Rousseau.

EL HOSPITAL DE SAN LUIS EN PARIS.

En París eran muy frecuentes las epidemias antiguamente por efecto de la falta de policia urbana, y por el estado poco adelantado de la ciencia médica.

París, hoy esa ciudad tan bella y elegante, con sus anchas y hermosas calles, era antes un pueblo de casas altas y apiñadas, cayendo á plomo sobre calles estrechas y tortuosas, por las que corrian fangosos arroyos de basura y de inmundicia, que amontonándose de año en año formaban unos focos permanentes de infeccion.

El año de 1606 fué una de las fechas mas funestas en los anales de París. Reinó en él en el mes de agosto una epidemia tan grande, que hubo casas enteras donde en menos de veinte y cuatro horas perecieron todos los habitantes, quedando enteramente vacías. Fué tal el pánico que se apoderó hasta de los médicos, que refiere la historia que no se atrevían á ir á cuidar á los enfermos en los hospicios, no tanto por miedo de que se les pegase el mal, como por temor de perder todo su crédito con sus parroquianos amenazando llevarles el contagio.

Entonces se tomó la resolución de crear un hospital espresamente para los casos de epidemia, y se fundó el hospital de San Luis.

Colocóse la primera piedra en 13 de julio de 1607 por Enrique IV, que no debía verlo terminado, porque el puñal del fanático Ravaillac debía arrebatar á aquel gran rey á la Francia, aquel buen padre á sus pueblos. Claudio Bellefoux de Chatillon, fué el célebre arquitecto á quien el rey confió levantar aquel monumento que hizo del cuartel del Marais el mas grandioso y magnífico de París.

Situado este grande edificio al Este de París en pleno campo, en el sitio llamado *Las Culturas del Templo*, reúne todas las condiciones de ventilacion y salubridad deseables para la curacion de las epidemias. Es lo que se llama una casa de sanidad modelo, un hospital perfecto en todos los puntos.

Cuatro años y medio duró la construccion de este nuevo hospital, y costó la suma de setecientos noventa y cinco mil libras de la moneda de entonces. Enrique IV lo dotó con la mayor liberalidad, que fué imitada con no menos magnificencia por sus sucesores. Una lápida de mármol negro consignaba en letras de oro sobre la puerta de la capilla del hospital, en una larga inscripcion latina, el elogio de su fundador.

El hospital de San Luis quedó, pues, terminado en 1612. Una peste que se desarrolló violentamente en 1619, lo estrenó, si puede decirse así, y los historiadores de aquella época atestiguan que aquel año sirvió de grande socorro á los parisienses.

Doce años mas tarde, un nuevo azote de la peste vuelve á afligir á la ciudad de París, y el hospital de San Luis

vuelve á ser el receptáculo de los atacados del contagio.

Iba París mejorando en su policia y adquiriendo elementos de sanidad, iban siendo cada vez menos frecuentes las epidemias. El gobierno pensó prudentemente entonces en dar á este nuevo hospital, á este monumento tan bien entendido y cuya construccion habia costado tanto, una utilidad mas constante, un empleo mas permanente.

Encontraron este medio, aplicando en grande escala la idea que una muger caritativa habia emprendido realizar valerosamente á su costa, en uno de los cuarteles mas pobres de París.

Su ejemplo no fué entonces un hecho aislado. La fundacion de Mad. Bullion, de que hablamos, no era mas que uno de los mil efectos del gran movimiento de la caridad, impreso al principio del siglo por el apóstol Vicente de Paul, y que suscitó en todas partes en Francia, pero sobre todo en París y en las categorías mas elevadas de la sociedad, allí donde de ordinario la vanidad, la frivolidad, la ambicion, dominan mas fácilmente las almas, tantas heroínas de piedad y de abnegacion. Esas damas de elevada gerarquía eran y son hoy las flores de ese parterre de caridad y de misericordia que sembraron con sus palabras y sus obras San Francisco de Sales y San Vicente de Paul, el cardenal de Berulle, y ese gran Ollier, el fundador de San Sulpicio y de las misiones del Canadá.

La fundacion de Mad. de Bullion se distingue entre tantas obras de misericordia por lo ingenioso y delicado de su intencion, que descubre el corazon de una madre cristiana.

Conmovida al ver la necesidad en que con frecuencia se ven los establecimientos públicos de caridad, de despedir y dar de alta á los pobres enfermos, sino á medio curar al menos apenas convalecientes é imposibilitados de ganar su vida, Mad. Bullion estableció en la calle de Bac ocho camas para los enfermos que saliesen convalecientes del hospital de la Caridad. ¡Poca cosa eran ocho camas! Sin embargo, este simple esfuerzo, esta empresa modesta pero inspirada por un juicioso celo, respondia á una apremiante necesidad, y escitó el celo de considerables personages. Se recogieron grandes donaciones y cuantiosos legados, y se hizo una prueba en grande en el hospital de San Luis, si bien con la condicion de que si una nueva epidemia llegaba á afligir de nuevo á la ciudad de París, se retiraría á los convalecientes de dicho hospital para dejarlo libre á los enfermos. Esta prueba dió el mas brillante resultado. En 1709 el rigor del invierno y la miseria que ocasionó, produjeron diferentes enfermedades contagiosas, principalmente el escorbuto. Inmediatamente se destinó el hospital de San Luis á los que de él fueron atacados, y fué tan considerable su número, que hubo que ampliar el edificio.

Desde ese tiempo el hospital de San Luis, ha sido siempre especialmente destinado para curacion de las enfermedades contagiosas ó comunicables.

En tiempo de la Restauracion de los Borbones, el doctor Alibert estableció en el hospital de San Luis la clínica de las enfermedades de la piel ó cutáneas, siendo una de las épocas mas brillantes de la historia de este hospital modelo.

Su principal edificio está doblado en los ángulos por cuatro pabellones, que son los unos salas de enfermos, los otros habitacion de los empleados, y de los practicantes in-

ternos. La capilla fundada por Enrique IV todavía existe, y si la revolución ha hecho desaparecer la lápida de mármol negro conmemorativa de la munificencia del fundador, todavía se ve el busto del rey popular en su nicho de granito, enfrente de la abside de la capilla. En estos últimos tiem-

pos, todavía se ha ido mas adelante en la vía de las reparaciones, levantando en medio de una de las plazas del hospital á San Luis, una estatua monumental como patrono de la casa, por lo que muchos creerán tal vez que fué el fundador, cuando solo se le dió por Enrique IV esta advo-



Vista del patio grande del hospital de San Luis en París.

cación, por haber á la vuelta de las cruzadas establecido San Luis las primeras casas de leprosos en Francia.

Entre las curiosidades que admiran al viajero en el hospital de San Luis, es una de ellas el alojamiento de la comunidad de las religiosas, cuya puerta se halla coronada

de un medio punto, cuya obra de cerrajería es una maravilla del siglo XVII, y la morada del capellan mayor, toda cubierta de un enverjado que en la primavera se cubre de hermosísimas flores.